

Milia Gayoso Manzur



Cuentos para leer en el RECREO



Dedos negros

Aunque su ropa siempre estaba impecable, mi nuevo compañero Pedro Luna tenía las manos con apariencia desprolija. Sus uñas estaban negras y las líneas internas de los dedos parecían estar manchadas de hollín. Pero no ensuciaba las hojas de su cuaderno.

Más de una vez, Gabriel García y Juanjo Mora se habían burlado de él por tener las manos tan oscuras. Pedro solo callaba y no provocaba ninguna pelea, jamás. Llevaba dos meses en la escuela y ya lo habían molestado tanto, que yo en su lugar me hubiera agarrado a trompadas con esos dos desubicados.

Pedro, lavate las manos antes de comer tu sándwich, le dijo Marisel Oporto en uno de los recreos. Me lavo pero no se limpian, dijo él con timidez. ¿Cómo puede ser que no se limpien? le interrogó ella. Si mi mamá te agarra te las deja limpias con cepillo de ropa, dijo ella riendo.

No hagas caso, Pedro, le dije tratando de revertir los malos modos de mis amigos. Lo que pasa es que de tanto tocar el aceite, las herramientas y la grasa de los autos, se me mancharon las manos y ya no quiere salir, se excusó.

¿Sos mecánico? le pregunté abriendo grande mis ojos. No, apenas un ayudante, tengo once años nomás, confesó.

Lo miré asombrado y admirado. ¿Ya trabajás Pedro Luna?, qué orgullo, le dije realmente encantado con su revelación. Sí porque tengo que ayudar a mi madre, expresó. Trabajo desde los ocho años, en un taller mecánico que está a media cuadra de mi casa.

Me pagan por día o semana y todo ese dinero se lo doy a mi madre y me pongo feliz cuando veo que ella puede comprar cosas para la comida con eso. Mamá está enferma y no puede trabajar y tengo cinco hermanos, y solo dos trabajamos... Se le nublaron los ojos al hablar de su madre y a mí se me nubló el corazón al pensar que muchas veces no valoro lo que tengo en mi casa.

Pedro, le dije, nunca más te sientas triste porque los otros chicos se burlan de tus manos. Nunca más, porque es maravilloso lo que hacés y yo estoy orgulloso de ser tu amigo.

Durante la cena, conté la historia de Pedro en la mesa y mi madre prometió enviarle una crema especial que le protegería las manos y las dejaría más limpias y suaves. Papá dijo que estaba orgulloso de mi forma de pensar y me sugirió que invitara algún domingo a almorzar a mi amigo.